




Dib. BRADLEY. - Madrid.

- Son las regatas entre el elemento joven del Hotel Continental y los del Hotel de las Cuatro Naciones.
- ¿Y quién crees tú que ganará?
- Seguramente llegarán antes los *chicos del Continental*.
- Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO
URQUIOLA  MAYOR, 1
MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al número 89
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

6 - De indumentaria taurómaca.

EN EL AVE
1000
A
BORREGO

[7. — Para después del trabajo.

NOTA MUSICAL
SEDIMENTO

8. — Jerarquía militar.

— ¿Vas con *dos-tercia* a
Figueira da Foz?

— No me deja *prima-
prima*.

— ¿Por qué? ¿Teme a la
prima-dos-prima?

— No; dice que tengo
poca *tres-prima* en el
agua...

— ¡Que te enseñe a na-
dar ese *todo* de los bigotes
teñidos!

9. — Humor.

TANGANIKA — CERO

«Tu pupila es azul, y cuando ríes...»

*

«Saeta que, voladora,
cruza ignorada al azar...»

*



ELLA. — *El doctor me dice que debo
ir al Sur para mi salud. La cuestión es
saber dónde voy.*

EL. — *Vete a otro doctor.*

(De Punch, de Londres.)

Para las condiciones de este Con-
curso, véase nuestro número 88.

CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de agosto.

10. — Árbol, apellido, bola de hilo.

050150
06500
0650500

11. — Jeroglífico de cantera.

FLANCO
B
SIRIO

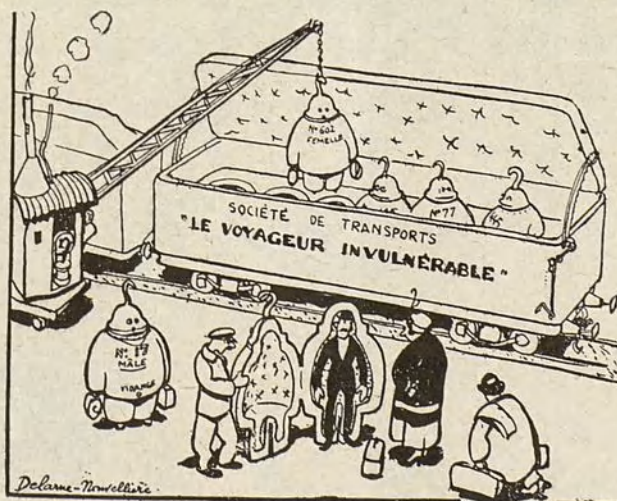
12. — De Geometría...
y de pueblo.

— Yo no *segunda
prima-tercia* ese panal.

— Es que no *se-
gunda terci-prima*.

Está antes Julián.

— ¡Valiente *todo*!
Ése no distingue de
miel.



— ¿Por qué arriesgar nuestra vida en un accidente
de ferrocarril?... Es muy fácil y muy agradable emplear
el caparazón Securitas.

(De Le Rire, de París.)



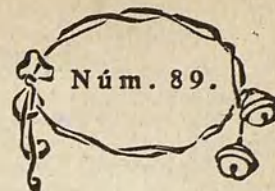
Jabón de Lanolina y Brea

El saludable efecto del Jabón de Brea de pino para combatir las irritaciones de la piel, se acrecienta extraordinariamente con la adición de la Lanolina ó grasa purificada de la lana. Nuestro jabón neutro de Lanolina y Brea ha desterrado el uso del jabón ordinario de brea mineral.

Perfumería Gal

De venta en todas las
Droguerías, Farmacias y
Perfumerías de España.





UN INVENTO MARAVILLOSO



Acá tiempo que don Andrés Cornelio tenía anunciada a su numerosa familia la celebración de una comilona de esas que hacen época hasta en los estómagos mejor preparados

para soportar todo lo que pueda sobrevenirles.

— Os aseguro, hijos míos, que vais a poder meteros los dedos por la boca, y tocaréis con ellos, y sin dificultad alguna, el último bocado que hayáis tenido la comodidad de ingerir.

— Dime, Andrés — argüía la esposa fiel y constante del laborioso farmacéutico, ya que don Andrés Cornelio figuraba en el escalafón de la sociedad como celebrado y aplaudido expendidor de drogas, medicinas y ungüentos —. Dime qué hemos de celebrar el día de esa tremenda comilona que nos anuncias. Supongo que para tu mujercita no tendrás secreto alguno.

La buena señora empleaba lo de «mujercita» en el sentido más hiperbólico de la palabra y del diminutivo, toda vez que la báscula del establecimiento acusaba ciento cinco kilos a la sombra y como peso bruto para la totalidad de la señora de Cornelio.

— ¿Secreto?... Ninguno, no seas tontina... Es que ansío celebrar con todos vosotros, y hasta con algún amigo, el resultado de mis esfuerzos la compensación inmediata a mis desvelos, mi continuo amor al trabajo.

«¿En qué trabajaba don Cornelio?», dirá el lector amigo, pensando que este farmacéutico limitaba su campo de acción a servir fielmente lo ordenado por los médicos en recetas más o menos comprensibles. Trabajaba en investigaciones químicas y en la resolución de un importante medicamento, específico sin par, que habría de transformar en absoluto a la Humanidad doliente y quejumbrosa.

Todo tiene término en este mundo, desde las obras de la Gran Vía hasta los Gobiernos de concentración liberal, y don Andrés Cornelio anunció a los suyos que había llegado el momento de poner en planta la idea largo tiempo acariciada.

— ¿Viene ya el banquete?

— Viene ya, y no tardaremos muchos días en celebrarlo. Estoy pendiente tan sólo de la contestación de dos amigos a quienes también convido.

— ¿Vienen amigos?

— Síete. Me falta un dispéptico y un hiperclorhídrico. En cuanto los tenga, ¡a la mesa!

— ¿Pero tienen que ser enfermos?

— De precisión, no; pero me conviene que así sea.

¡Misterio! ¿Para qué querría don Andrés Cornelio que padeciesen enferme-

dades crónicas los que con él y con su familia habían de sentarse a la mesa? No se trataba de un acto triste y doloroso, sino, muy al contrario, de una expansión de alegría y de buen apetito. ¡Si que era capricho!

Por fin anunció don Andrés Cornelio que la lista de comensales estaba cerrada y que al siguiente día se efectuaría la comida, previamente dispuesta en un restaurante con arreglo a un *menu* confeccionado por el propio don Andrés Cornelio.

¡Qué *menu*, gran Dios! Sopa de calabacines con aditamento de cebolla; calamares en tinta, pero de dos colores, como las impresiones de lujo: la negra de ellos y la encarnada de una salsa de tomate; chuletas, solomillo, *vol-au-vent*, ensaladas, mucho pepino, mucha anchoa, mucho pimienta y mucho picante.

Es decir, un *menu* como para que reventase, no solamente un buey, sino toda la parada de cabestros de la plaza de toros madrileña.

— Andrés — dijo la esposa al boticario generoso —, me parece que has confeccionado un *menu* completamente absurdo y que vamos a tener indigestión si comemos de todo.

— ¡Claro que comeréis de todo, y con exceso! No faltaba más sino que, en una comida que pudiéramos llamar solemne y conmemorativa, fuerais a andar con remilgos de empanada.

— Pero ¿hay empanadas también?

— Tienes razón, se me habían olvidado. Las habrá, y de chorizo picante.

La pobre señora huyó asustada, plenamente convencida de que don Andrés aspiraba a que reventasen todos los comensales.

El, por su parte, al ultimar los detalles, fué diciendo a cuantos habían de concurrir a la fiesta:

— Y sobre todo, allí hay que ir a atracarse. ¿Estamos? Nada de que yo oiga que de este plato no quiero, o que no me pongan de lo otro, porque ya no puedo más...



Dib. SILENO. — Madrid.

— ¿Es que se trata de un campeonato digestivo?

— Algo así. De modo, que a irse preparando.

— ¿Será cosa de ir bien purgado, entonces?

— ¡No! ¡Purgarse antes, no!

Con animación, alegría y bullanga fueron llegando todos los invitados, comenzando por la propia familia de don Andrés Cornelio y acabando por los amigos a quienes se había querido dar participación en el festín.

Cornelio sonreía placidamente, satisfecho, y durante todo el ágape no dejaba de inspeccionar el plato de todos.

— ¿Eh?... ¿Qué es eso?... ¡A comérselo todol...

— ¡Si no puedo con esta chuletal...

— A comérsela; y no sólo ésa, sino dos más...

— ¡Horror!...

— A fuerza de mostaza pasarán divinamente.

Otras veces era alguien de su familia el que se resistía a seguir engullendo, y eran de oír las amonestaciones que el boticario dirigía al rebelde.

— Tú, a comerte ahora mismo eso... ¡No hagas que me enfade!... Hemos venido a estar contentos y satisfechos...

— Si contento lo estoy; y en cuanto a satisfecho, ya te digo que estoy harto.

— ¡Camarerol... Póngale más aún... ¡Viva la alegríal...

— ¡Viva, porque de hambre seguramente que no se va a morir!...

Y así todo el banquete, que más parecía comida realizada después de sopor-tar un largo sitio en ciudad cercada por el enemigo, que no la celebración de algo memorable y digno de ser festejado.

Mas ¿qué era lo que don Andrés Cornelio celebraba con aquel inusitado e indigesto guateque? ¡Ah! Eso no lo confesaba ni aunque le dijeran que Hipócrates a su lado era una zapatilla de orillo científica.

Ese era el secreto de don Andrés Cornelio, secreto que pudiéramos llamar profesional...

Ya hemos dicho anteriormente que todo llega, y llegó el final del banquete, durante el cual hubo algunas improvisaciones de alimentos verdaderamente fantásticos, ya que, por lo visto, a Cornelio le había pintado el naipe porque sus invitados comiesen cosas raras.

Ahitos, panzudos, sintiendo extraordinaria agitación en los estómagos, abandonaron la mesa los comilones, pudiendo advertir que don Andrés Cornelio iba examinando los rostros de todos y de cada uno, sin duda para observar el efecto que en los comensales hubiesen hecho los extraños alimentos que acababan de ingerir de modo tan descompasado.

¡Y vaya si hubo efectos! No era mediada la noche del propio día de la comilona, cuando por los pasillos de la casa del boticario comenzaron a aparecer sombras chinescas revestidas de camisones, embutidas en pijamas, y que, al parecer, sentían tales inquietudes internas, que se veían obligadas a abandonar el respectivo lecho.

Oyéronse algunos ayes lastimeros, algunas puertas fueron golpeadas con violencia, como quien siente unos anhelos de salir en busca de alivio preciso y urgente.

Don Andrés, perfectamente enterado de todo, esperó a la mañana siguiente, y fué de cama en cama preguntando:

— ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

— La comida, que, indudablemente, no me ha sentado bien. Tengo cólico.

— ¿Cólico? Espera.

Poco después don Andrés Cornelio iba distribuyendo por las alcobas sendos vasos de una pócima verdosa que obligaba a tomar a cuantos se quejaban de sufrimientos internos.

— No tengáis cuidado — decía cariñosamente —. Antes de mediodía estaréis perfectamente. Ahora corro a casa de los demás concurrentes a nuestra fiestecita de ayer.

En las casas visitadas halló igual resultado, pues sus habitantes retorciáanse asimismo presos de angustias mortales de necesidad.

Don Andrés repitió la escena del reparto de la bebida, asegurando que aquello era un calmante estupendo y que regresaría más tarde para ver el resultado.

— ¡Admirable!... ¡Estupendo!... ¡Esto marchal...

Tales eran las exclamaciones que lanzaba el boticario al contemplar los destrozados intestinales que había causado el convite.

Y de cama en cama se pasaba el tiempo, sin olvidar, ni mucho menos, a los enfermos de fuera de casa.

✻ ✻ ✻

— Dime, Andrés — le preguntó su mujer, ya repuesta —, ¿qué ha sido todo esto?

— Ha sido que he descubierto una purga admirable, que llamaré la *Cornelina*, y para ensayarla es para lo que os di la célebre comilona.

— ¡Mala sangre! ¿Qué te habíamos hecho nosotros?

— Nada; pero ¿dónde querías que encontrara doce cólicos a mano para realizar la prueba decisiva? Si buena purga os di, mejor comilona os aticé. Ahora estoy satisfecho de los resultados de mis trabajos. En cuanto descanse, me dedicaré a preparar otro específico.

— ¿Sí? Pues ¿sabes lo que te digo? ¡Que ése le vas a ensayar con los gatos de la vecindad! ¡Asesino!

A. R. BONNAT



Dib. SERNY
Madrid.

POR SI ACASO

HABLANDO CON SU MARIDO. — Oye, que antes de volver avises por correo, ¿eh?...



ELLA. — Mira, ahí van Aurora y Pepe... ¿Cuándo se casarán esos chicos?
 EL. — Se opone el padre de ella, porque dice que no podrá sostenerla Pepe.

Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN CON EL PIE EN EL ESTRIBO

por MARÍA TUBÁU

El mismo día que tomaba el tren para Barcelona, en donde debía embarcar con rumbo a Veracruz, María Tubáu ha escrito estas cuartillas y ha trazado estos monos para BUEN HUMOR. Después de leerlas y de verlos, no sabemos qué admirar más en Marujita: si su arte exquisito en la comedia y la canción, o su gracia despampanante escribiendo y dibujando.



ESCRIBIR en broma es una cosa muy seria. Porque, vamos a ver, ¿a santo de qué tengo yo que pergeñar unas líneas en guasa en este momento terrible?

Aclaremos.

Me han venido a atracar, así como suena, a mi propio domicilio unos amigos exigentes, con la pretensión de que les plumee unas cuartillas para BUEN HUMOR.

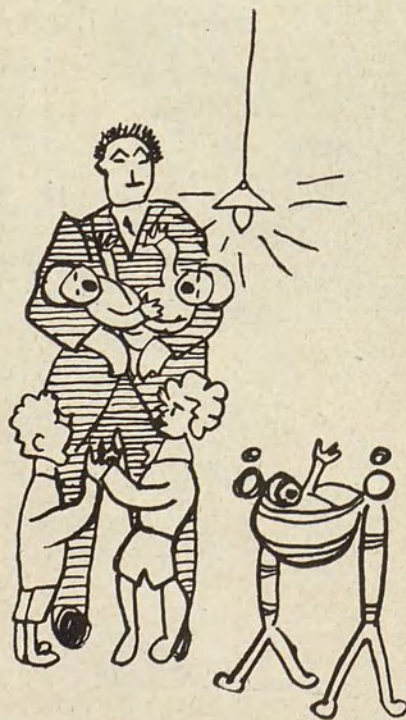
Acabo de comer, y, la verdad, no hay derecho a atracar después de que yo me levanto de la mesa suficientemente atracada. Esto es muy malo; pero ¡qué se va a hacer!

Nunca me vi en estos trotes..., y ahora menos; ahora, que estoy con el pie en el estribo para largarme al través del piélago insondable. ¡Ejem!

Bueno, puesto que no hay más remedio, ¡vamos allá!

¿Que voy a decir de mí? Yo sólo soy una muchacha muy sonriente, que goza un horror interpretando una comedia o una canción y estrenando un traje. ¡Ay!

Los trajes son mi pasión... Tanto, que al marcharme de nuevo a Méjico, me llevo los trajes comprados aquí y los trajes que traje. ¡Atiza!



TANGOS. — «LA NOCHE TRISTE»

No hay que tirar chinitas, porque yo no tengo culpa de no saber hacer chistecitos.

Además, me marcho para Méjico con mucho equipaje, y no es cosa de que me peguen ustedes y me hagan chichones. Llevando diez y siete baúles, no necesito más bultos.

A Méjico me llevo a Manolo París, contratado por mí como primer actor.

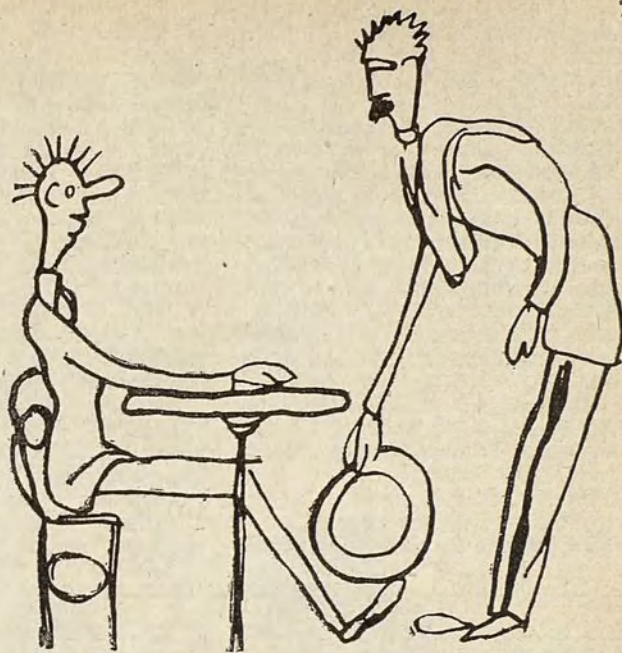
¿Que ya lo sabían ustedes? Bueno; pero yo tengo que decirselo para poder hablar de mis cosas, que no le interesan a nadie.

El único temor que tengo es que arda el navío; y figúrense ustedes la que se va a armar si se quema el barco y se quema París... ¡Con lo quemado que está ya!

Menos mal que en el mar no nos faltaría agua, aunque la sal del mar iba a envidiar a la mía. ¡Ah! Que conste que *mi abuelita, la pobre*, falleció hace tiempo.

Y no puedo decir más, que ya pita la locomotora y yo estoy loca subiendo maletas, despidiendo a mis amigos y secándome unas lagrimitas. Porque, aunque no quieran creerlo, me da penita dejar este Madrid, que fué tan bueno y tan acogedor conmigo.

MARÍA TUBÁU



TANGOS.—«LA COPA DEL OLVIDO»

—Mozo, ¿y esa copa, que no viene?

LAS FORMAS DEL AMOR

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE CANÍCULA

PERSONAJES. — *Balbina*, cuarenta y cuatro años, viuda, sin hijos; no es rica, pero, según ella misma dice, tiene un *pasar*. *Antonino*, diez años más viejo, vidriero fontanero; viudo también, sin hijos y sin el *pasar* de Balbina.

En Madrid, en casa de la viuda, plaza del Alamillo, 13. A la caída de la tarde.

Empieza la acción:

ANTONINO (*empujando la entreabierta puerta de la calle*). — ¿Me otorga usted su venia, Balbina?

BALBINA (*que está cosiendo*). — Adelante, Antonino, y cuidao con tropezar con las vitorias, que esto está muy oscuro.

ANTONINO (*entrando y sorteando las sillas*). — Gracias por la telecomunicación, Balbina. Si no me lo azvierte, me hago partículas la espinilla zurda y me se acaba pa siempre el pedestrismo.

BALBINA. — No se imagina usted lo que me alegra verle, porque el crepúsculo empezaba a amurriarme.

ANTONINO. — Lo mismo me pasa a mí: en cuanto que Febo inicia el mutis, me se cae el domicilio encima. Y es que estamos muy solos...

BALBINA. — Muy solos, Antonino. (*Trasteando en un aparador*.) ¿Quie usted una copita de coñac, de oñén, o simplemente *mono*?

ANTONINO. — Déme de las tres, pa que al *mono* no le entre el tedio estomacal.

BALBINA. — Tie usted más sal que el Mediterráneo.

ANTONINO. — Es que al páter que me



Dib. PINILLA. — Gijón.

— Doctor, ¿cree usted que tengo lesionado el corazón?

— Señora, eso se verá con la autopsia.

bautizó se le fué la mano en el cloruro sódico.

BALBINA. — Ya se ve que es usted hombre de estudios.

ANTONINO. — ¡Pschl... Tres años de asistencia regularizá a la doztrina. (*Se bebe las copas*.) ¡Caray! Tie usted un *mono* como pa exhibirlo en la Casa de Fieras.

BALBINA. — ¿Y qué me dice del oñén?

ANTONINO. — Con una sola copa no se pue apreciar.

BALBINA (*sirviéndole otra*). — ¿Y ahora?

ANTONINO. — Ahora le digo que tie el usía.

BALBINA. — ¿Y el coñac?

ANTONINO. — El coñac tie el don, el don de apasionarme.

BALBINA. — Pues lo he fabricao yo.

ANTONINO. — Ignoraba su aspeyto de licorero; pero es usted genial.

BALBINA. — No pondere, que me azara.

ANTONINO. — La modestia tie nombre de tobillera. (*Se sienta junto a Balbina, que lo ha hecho donde estaba. Una pausa*.) ¿En qué piensa, Balbina?

BALBINA. — En que debía casarse, porque está usted más abandonao que el Robinsón.

ANTONINO. — Me espanta el yugo. Las mujeres de ahora tien más postín que don Amadeo el saboyano, y el oficio no da pa azquirir *Forde*.

BALBINA. — Pero si es usted el mejor

vidriero de Madrid... Por algo le llaman el rey de la masilla.

ANTONINO. — Que el vulgo esagera, Balbina.

BALBINA. — Cuando el río suena...

ANTONINO. — Cuando el río suena es que tie banda de música. No es que renuncie por completo al conglomerao nupcial...; pero pa que yo me lanzase al estanque de Himeneo, tenía que encontrar una mujer tan cabal como usted.

BALBINA. — Antonino, va usted muy lejos...

ANTONINO. — Pues con tomar un autobús pa volver, estamos al cabo de la avenida.

BALBINA (riendo). — Es usted más ingenioso que don Quijote.

ANTONINO. — Bondaz que usted atesora en el solomillo cardíaco...

BALBINA. — ¿Otra de mono?

ANTONINO. — Balbina, que se va a convertir en mona... (Bebe de nuevo.)

BALBINA. — No, hombre, no. ¿Y por qué no busca usted esa mujer que le convendría, Antonino?

ANTONINO. — Ya le he dicho que, fuera de usted, no hay quien me estremezca. ¿Usted no piensa casarse?

BALBINA. — Yo estoy escarmentá. Mi marido, que esté donde más le solace, era muy bruto, y las segundas ediciones, pa Calpe.

ANTONINO. — ¿La trataba mal el Eus-taquio?

BALBINA. — A los tres días de la boda me dió una bofetá que me desposeyó de seis muelas de oro.

ANTONINO. — ¡Qué polinesio!

BALBINA. — Pa arreglarlo vendió las muelas en doce pesetas y estuve seis meses sujeta a un régimen de fideos finos, somatose y sopas semolás.

ANTONINO. — ¡Haber dao parte!

BALBINA. — ¿Iba a dar parte, con lo poco que comía?



Dib. MEL. — Madrid.

— ¡Adiós, Gutiérrez!... ¡Oye, mañana marchamos a San Sebastián! ¿Y tú, adónde vas?

— ¿Yo?... A San...to Domingo.

BUEN HUMOR

ANTONINO. — Digo que por qué no le denunció...

BALBINA. — Por lástima...

ANTONINO. — A usted y a mí nos mata la luengaminidaz. También mi Andrea se traía lo suyo. Un día que la ozjeté la dureza de unas albóndigas se puso como un chacal hidrófobo, y ¿ve usted esta cicatriz que tengo en la frente?, pues me la hizo con una de las albóndigas que me tiró.

BALBINA. — ¡Qué barbaridad! ¿Pues de qué eran?

ANTONINO. — Ella decía que de carne, pero debían estar injertas en mármol. Presumía de guisar, y me servía cada cosa que yo estaba preocupao. Una vez me hizo tal cocido, que tiré los garbanzos por la ventana y le dije al chico de la portera: «Periquito, ahí te va eso, pa que juegues al gua»... Tuvimos una bronca que se oyó en Tarrasa.

BALBINA. — ¿Y aun tie usted ganas de uncirse, Antonino?

ANTONINO. — Ya le he dicho que si usted aceptase, servidor se ponía el bombín, se genuflexionaba ante el altar y le daba al cura tres sí de pecho.

BALBINA. — Por Dios, Antonino...

ANTONINO. — Yo soy hombre honrao.

BALBINA. — Lo sé, lo sé...

ANTONINO. — Y de bueno no desentono en una caja de mantecás... Trabajando dejo enano a un percherón, y en punto a paciencia, Job, a mi lao, es un epiléptico. Y usted, Balbina, es mi sueño de una noche de canícula. De su bondad no hay que hablar, porque en el Cielo tie usted ya un silletín... Y en cuanto a guapa...

BALBINA. — Antonino...

ANTONINO. — Con los ojos enciende usted un puro de a real, que son de amianto. Las orejas reclaman el dije; sus zapatos se puen utilizar pa guardar plumillas, y no cabe más que una docena...

BALBINA. — Basta, Antonino...

ANTONINO (levantándose). — Bien está. Me se rechaza... Tengo una pata como pa que me la entablillen... Me voy, y usted perdone el latón que le he dao...

BALBINA. — No se vaya, Antonino...

ANTONINO. — Ya veo que no soy su tipo. ¿Qué voy a hacerlo? A usted le gustan los rubios por lo visto... Me oxigenaré los bucles...

BALBINA. — ¿Es usted de algodón pól-vora?...

ANTONINO. — ¿Eh?... (Volviéndose.)

BALBINA. — ¿Quién le ha dicho que a mí no me gusta?

ANTONINO. — ¡Balbina!... Pero ¡Balbina!... (Muy entusiasmado.)

BALBINA (ruborizada). — ¿Quiere otra copa de mono?

ANTONINO (bebiendo en la botella). — ¡A mí no me encurda nadie más que usted!... (Gran alegría.)

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

TITERERÍAS

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE (*al adoquín, que se le ha quedado con un zapato*). — ¡Hombre, bien podías estar en tu sitio y no fastidiar, rediez!

EL ADOQUÍN AMBULANTE. — ¿En mi sitio? ¿Y cuál es mi sitio? ¿Por ventura hay alguien que sepa cuál es mi sitio? Hoy me ponen aquí, mañana allá, y no estoy nunca quedo y colocado en parte alguna de una manera estable, esto es, conforme con la sedentariedad de mi destino. Nunca me dan un destino fijo; pasan los días, las semanas, los meses y aun los años sin que me llegue la hora de entrar a cumplir de lleno seriamente los fines para que fui, sin duda, creado. ¿No es bien triste mi suerte, di, obligado a llevar esta existencia tan agitada y tan baldía, tan en pugna con mi naturaleza y mis ideales?

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE. — ¡Sí, sí, mucho! Pero ¿quién tiene la culpa de todo eso? ¡Por cierto que no será mi pobre zapato!

EL ADOQUÍN AMBULANTE. — He preferido hacerte dejar aquí tu zapato a que dejaras tú los sesos en esa zanja en cuya sima ibas derecho a precipitarte. Tu zapato, en efecto, es tal vez inocente; pero tú, como tal tú, y principalmente como tatarabuelo de tus posibles tataranietos, eres, entérate, el causante de cuanto me sucede.

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE. — ¡Oh, muy curioso. Pero ¿qué tienen que ver aquí mis tataranietos?

EL ADOQUÍN AMBULANTE. — Tienen, sí, señor. Esa zanja, estos adoquines en barricada, aquel monte de arena, aquellas grandes bobinas tiendecables, todo eso que de algún tiempo a esta parte viene haciendo del libre tránsito en la villa del oso y del madroño una cosa eminentemente retrospectiva, a la vez que consternadoramente utópica, todo eso es la luz, el gas, la Gran Vía, el tren-bala de tus tataranietos. Sacrificate, pues, por ellos, cómprate otros zapatos y...

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE. — ¿Y por qué me he de sacrificar yo por mis tataranietos? ¿Qué han hecho por mí mis tataranietos? ¡Nada, absolutamente nada! Desde ahora mismo renuncio a ellos del mejor grado! ¡Renuncio por completo!

EL ADOQUÍN AMBULANTE. — Es lo mismo. Habrás de sacrificarte, en ese caso, por los tataranietos de los demás.

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE. — Pero ¡eso es estúpido! ¿Qué falta le hacen a nadie sus respectivos tataranietos, ni qué pueden importarle los tataranietos de los demás?

EL «SIMÓN» (*echándose encima*). — ¡Ahí voy!

LA MOTO. — ¡Fuera, que mancho!

LA SIRENA DE UN «TAXI». — ¡Que te cooooojo!

EL «KLAXON» DE UN AUTOCAMIÓN. — ¡Guau, guau, guau!

EL «BASTONERO» DE SEGURIDAD. — ¡Eh!... ¡Chist!... ¡Oiga!... ¡Suba usted por la acera!...

EL ARROYO. — ¡Eso!... ¡Fuera!... ¡A la acera!...

LA ACERA. — ¡Sí, sí!... ¡Corriéndito!... ¡Como que va a consentir en ello la hija de mi mamá!... ¡La acera es para los que se paran a ver los escaparates; para las terrazas de los casinos, de los bares y los cafés; para los baratijeros; para las comadres que comadrealan a la puerta y los compadres que echan un mus; para que duerman la siesta los albañiles y esperen sentados los isidros el paso de



DÍAZ-ANTÓN

Dib. Díaz Antón. — Madrid.

— Oye, Melanio, ¡júrame por tu salud que te paga las botas el Gobierno!...

la procesión; para los señores que se dan de bastonazos, hacen corro o se encuentran al amigo de la infancia; para el recadista y el colegial velocipedicos, la diabla del almacén, la carretilla de la obra, el patín del aficionado y el cochecillo del bebé *bien*; para los ciegos que están aprendiendo a tocar el acordeón o la guitarra y los pordioseros que tienen llagas, muñones o costras que enseñar; para el guardia que muy satisfechamente, olvidado de su uniforme, presencia el partido de balompié que en plena calle juegan unos muchachos; para el cadete que chitiparla con la novia o cadetea frente al balcón; para el viajero del tranvía que no llega; para las cáscaras de naranja y de sandía;

para las ropas de la colada que se solean bajo las sacudidas de las alfombras; para el cabestro de la caballería atada a la reja; para el cómico de la legua, para el torero de invierno, que esperan a pie firme la contrata; para el nene y para la nena que...

(En este preciso instante, el nene y la nena se lanzan raudos, sobre el triciclo o los patines, contra el infortunado aspirante a transeúnte y lo derriban y hacen caer por una boca del alcantarillado. Emoción. Expectación. Formación de corro. Emisión de versiones contradictorias. Propuesta de acuerdos... Una mano asoma — «¡Oh! ¡Ah! ¡Oh!» — por el escotillón de la alcantarilla.)

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE. — ¡Eh, tú, botones!

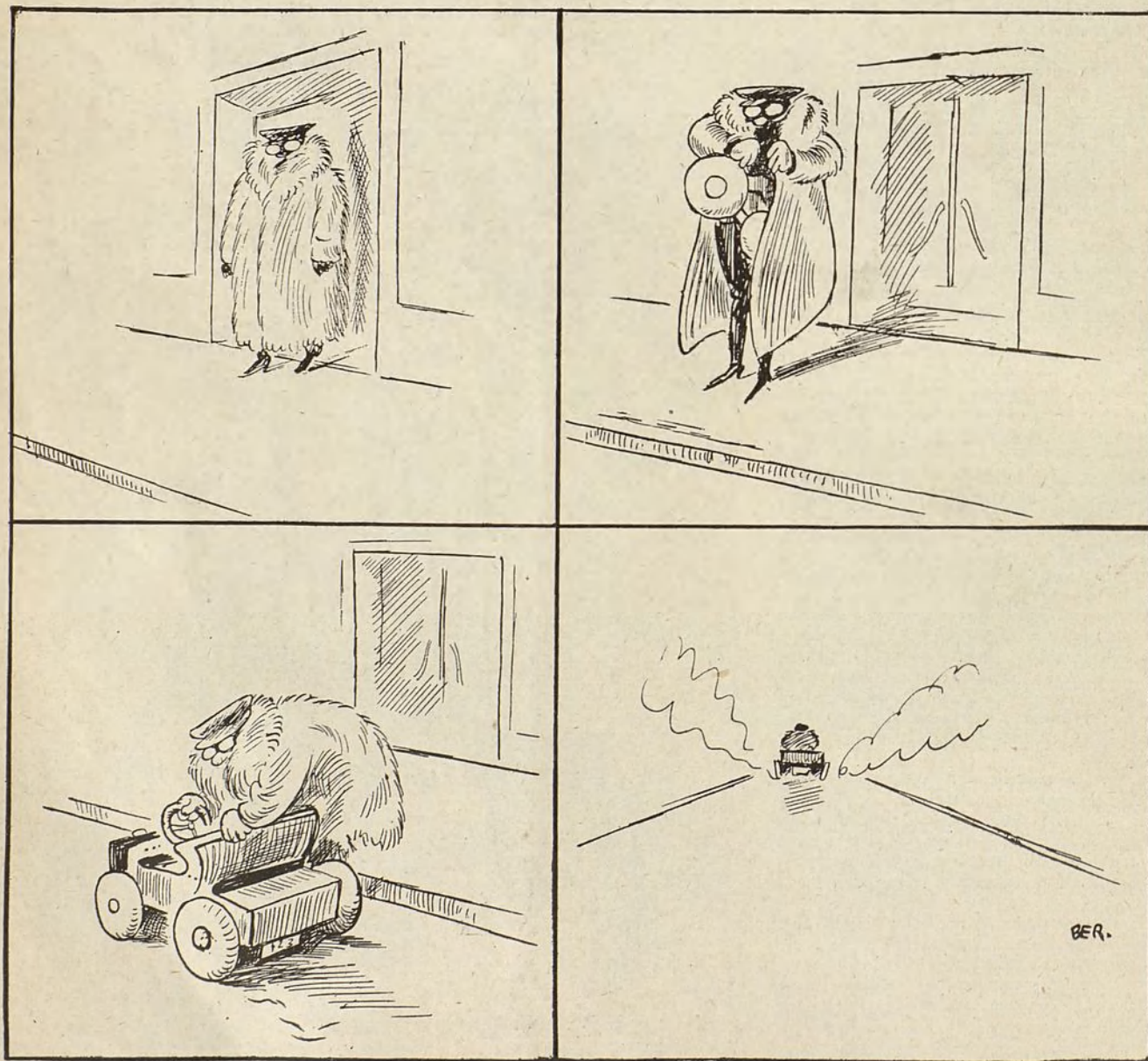
VOCES EN EL CORRO. — ¡Los sacramentos! ¡Es que pide los sacramentos!

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE. — Vete al estanco próximo, y traeme un pliego de peseta.

VOZ EN EL CORRO. — ¿Para qué diantres quiere usted un pliego de peseta? ¡Usted lo que está es beodo, y nada más! ¿Va usted a hacer una instancia, por un casual?

EL ASPIRANTE A TRANSEÚNTE. — Sí, señor; eso mismo: una instancia. Voy a solicitar inmediatamente el ingreso en el Cuerpo de poceros.

MANUEL GALÁN



EL AUTOMÓVIL DE BOLSILLO (ÚLTIMO MODELO)

Dib. BERGSTROM. — Estokolmo.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

PRIMERA DIVAGACIÓN TAURINA

EL TORO

El toro es un animal idiota.

Bien sé que con esta afirmación he de herir las más sensibles fibras del corazón de mis amigos aficionados.

— ¡Oh, no! — dicen —. El toro es un animal noble, eminentemente noble, incapaz de todo recelo y de toda suspicacia. Va siempre de buena fe, y muy rara vez, cuando le muestran el cuerpo, es capaz de arremeter contra el torero.

Forzoso es considerar que la ofuscación dicta estas sentidísimas palabras. Aunque estuviésemos de acuerdo con ellas, añadiríamos que está probado que de la nobleza a la idiotez no hay más que un paso.

El toro sale a la plaza, ve un espacio libre y echa a correr. Unos hombres se le acercan, y él se dirige a ellos, animado por las más crueles intenciones. Cuando cree tenerlos a tiro, esos hombres sueltan el trapo que llevan en la mano y dan una larga. Si al toro le divierte este lance, encontramos muy natural que vuelva cuando lo llamen de nuevo y que juegue con el torero en los primeros capotazos. Pero en esto, un hombre desde un caballo le hace señas, le grita, le tira su sombrero a los pies. Los demás toreros y los hombres de chaqueta encarnada le indican que debe acudir al hombre del caballo, que lo espera anhelosamente. Al fin embiste contra el caballo, creyendo que todo aquello será un nuevo entretenimiento; pero resulta que el palo del hombre del caballo tiene un pincho que viene a clavarse en el cerviguillo. Como es natural, se retira de allí un tanto dolorido, física y moralmente, por el falaz engaño.

Hasta ahí, su actitud es correcta y no merece el menor reparo. Mas en cuanto le vuelven a llamar desde un caballo, vuelve a arremeter con igual inocencia. «Pero so idiota, ¿no has notado ya que aquello hace daño? ¿Para qué vuelves, entonces?»

Durante el resto de la lidia, repite estas torpezas en todos los tercios. Le citan con las banderillas, acude, se las clavan, le duelen, y si son de fuego, le queman la piel. No por eso deja de asistir a la segunda invitación del banderillero.

Y al final, cuando el hombre de la muleta saca una espada, se perfila y la clava, dejando media estocada en las agujas, el toro, si de nuevo entra a matar el diestro, está propicio a todo con la mejor voluntad.

Así no nos extraña nada de lo que le pasa.

Cuando a un perro se le da con un bastón, no hay lugar a que repitamos la hazaña. El perro no se acercará mien-

tras nos vea con el bastón en la mano. Las gallinas, cuando ven venir un automóvil, huyen despavoridas. Hay un refrán que dice: «El hombre es el único animal que tropieza dos veces en el mismo sitio.» El inventor de la sentencia se olvidó del toro, que cae varias veces en las mismas torpezas.

El toro es el único animal que ha hecho frente a una locomotora. ¿Puede darse nada más absurdo? ¿Qué se pondrá en este alarde de embestir a un tren que viene a toda marcha? Seguramente es un animal desengañado que busca la muerte con admirable renunciamento. También el lagarto, cuando nos hace frente en una carretera, tiene esa gallardía inconsciente. El miedo razonado tiene mucha más importancia que el valor temerario.

Si yo fuera toro, correría de un lado para otro, estimando como bueno cualquier entretenimiento; desgarraría con los cuernos la camisa del torero, ya que un torero con la camisa rota tiene un éxito más considerable; me ceñiría a él con un cariño casi maternal, pasándomelo de la cabeza al rabo. Accedería a todo lo que pudiera beneficiarle por las buenas. Tomaría la primera vara con toda ingenuidad; pero al sentir el primer puyazo, diría enérgicamente:

— Señores, esto se ha acabado. Van a jugar ustedes con Rita. Servidor no hace el primo.

Dicho esto, me sentaría junto a la barrera, negándome a dar un paso más. Si me hostigaban cobardemente por detrás, me vería obligado a saltar la barrera y a cornear al que se pudiese por delante.

Subiría a los tendidos, causando terribles estragos, y después saldría a la calle, cometiendo toda clase de tropelías.

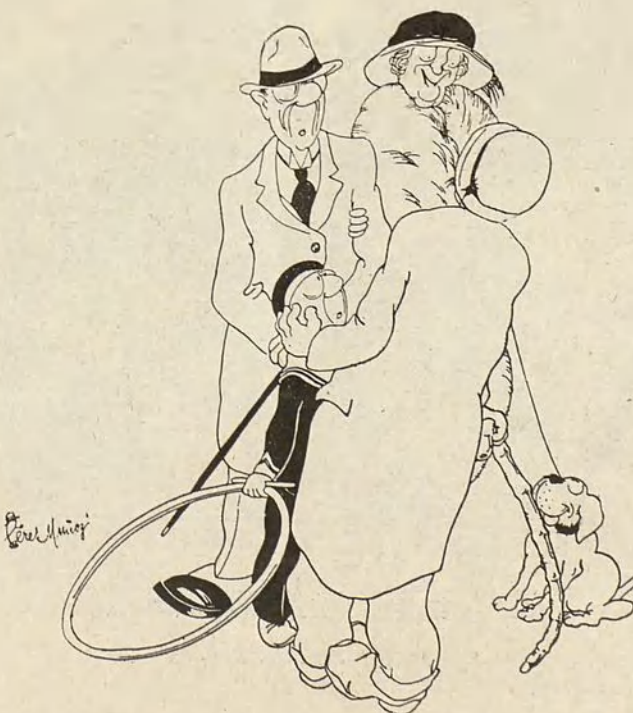
Tendrían que matarme a tiros.

Todo antes que servir de juguete a veinte señores vestidos de oro y plata, que se fingen amigos para hacer víctima al pobre bicho de toda clase de molestias, con gran regocijo de otros quince mil señores, que desde sus escalones de piedra aplauden y vociferan sin compasión para el toro, que se presta a todo y que es la figura más importante de la fiesta, sin duda alguna.

El día que los toros tomasen una seria determinación y los toreros tuviesen que torear cabezas de mimbre, la fiesta perdería todo su interés.

Vale la pena de pensar en esto. Hay que educar al toro en la rebeldía.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. Pérez Muñoz.
Madrid.

LA SEÑORA. — *Verdad que mi niño se da un aire al papá?*

EL AMIGO. — *¿Cómo un aire, señora?*
¡Un vendaval!

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UNA ANÉCDOTA

Y... oigamos una curiosa anécdota recién llegada de América. A falta de otros asuntos de mayor actualidad, el cronista está obligado a buscar temas pintorescos que regocijen al lector.

Se trata de un artista afamado, con pretensiones de eminencia y que trabajó la temporada anterior en Madrid; nuestro hombre emprendió una *tournee* triunfal por América, y... «en todas partes dejó memoria amarga de sí».

Su lamentable fama corrió como la pólvora, y en los teatros en que actuaba, los hechos venían a confirmar de una manera categórica las murmuraciones.

Un día... El asunto es algo difícil de explicar tratándose de los lectores de BUEN HUMOR.

Un día, el artista afamado, desconocedor del plano del teatro, y acometido de irresistibles ganas de eliminar las bebidas alcohólicas ingurgitadas, preguntó al conserje del local hacia dónde caía determinado compartimiento.

El conserje, influenciado por la continua murmuración, pero fiel cumplidor de sus deberes, habló así:

— Vaya usted por ese pasillo: encontrará otro a mano izquierda. Siga adelante, y al final verá una puerta y arriba un letrero que dice «Caballeros». A usted no le importe: entre, que allí es...

OTRA ANÉCDOTA

Se trata ahora de una mujer. Una mujer espléndidamente hermosa, buena

actriz, toda intuición, y con mucho nombre en el teatro. Por una de esas anomalías que se dan en los escenarios, esta dama bella, aplaudida e interesante, es inculta en absoluto. Declama sus papeles como pudiera hacerlo un disco de gramófono...

La actriz—sin embargo— cuenta con muchos admiradores, que la agasajan y la visitan en su cuarto.

Una vez uno de estos admiradores llevó hasta la dama a un personaje americano distinguidísimo e inteligente.

El hombre, al cambiar las primeras palabras con la dama, comprendió lo difícil que era sostener una larga conversación con ella, y recurrió al elogio discreto. Al enterarse de que la actriz era de Málaga, el visitante estimó muy oportuno halagar el amor propio regional de su bellísima interlocutora.

— ¡Oh, Málaga!... Es una de las más bellas ciudades del mundo. Jamás hallé otra igual. Tiene un color indescriptible, una fuerza y un carácter realmente maravillosos. Yo soy un devoto, un apasionado de Málaga. Además, es una ciudad culta... Yo lo he observado: en Málaga hay mucha cultura.

Y la dama, asintiendo, realmente esponjada, habló así:

— Sí, señor; en Málaga hay mucha cultura..., y muchos *chanquetes*...

¡SE VA A ARMAR LA GORDA!

¿Ustedes conocen a Porredón? Porredón es un actor cómico *grande*, excellentísimo, una verdadera figura del teatro contemporáneo. Es gracioso, intencionado, ocurrente y temible. Las Empresas a cuyas órdenes sirve, nunca están seguras de contar con sus valiosos servicios.

Una vez actuaba en la compañía de su cuñado, otro actor ilustre español. Como siempre, regañaron, y Porredón ideó una venganza cruel.

Acababan de levantar el telón, y él tenía que trabajar al final del acto. En vez de disponerse a salir a escena, se desnudó rápidamente, deshizo su caracterización y... se salió al público.

Tomó asiento junto a un ingenuo espectador que seguía el desarrollo de la comedia con el mayor interés, y, dándole con el codo, le dijo:

— ¿Le interesa? ¡Pues ahora verá usted la que se va a armar!

Dos o tres veces repitió la pregunta, y al cabo el espectador observó que algo anormal sucedía en el escenario. Se oían voces, rumores, se llegó a percibir lo que en el *argot* de teatros se llama un gran *bache*.

Porredón, encantado, volvió a hablar:

— ¿No le dije a usted? ¿No le advertí que se iba a armar la gorda?

— En efecto, algo sucede. ¿Qué pasa?

— Pues pasa que el que tenía que salir ahora era yo, ¡y que me están buscando!

JOSÉ L. MAYRAL



Dib. Ciró — Madrid.

— Por mucha gente que venga a mis reuniones, a las once en punto está todo terminado.

— Y ¿cómo se las arregla usted para despedir a los amigos?

— Pues sentando a mi mujer al piano.



Dib. BELLÓN. — Madrid.

LA FIESTA NACIONAL
Divertido final de casi todas
las corridas en nuestros días.

SUCESOS DE LA SEMANA

Gravísima intoxicación. — Ayer fueron asistidos en la Casa de Socorro del distrito de la Inclusa los siguientes individuos, que presentaban síntomas alarmantes de intoxicación: Felipe Segundo Sánchez, de treinta y tres años, casado, guardia municipal; Rosario de las Beatas, de cincuenta y dos, viuda, pantalonera; Juan Guarro, de veintitrés, soltero, cocinero; Blasa La Cerda, esposa del anterior, de veintiuno, profesora de *schotis*, y Anacleto Escogido, de veinte, de la expenduría de tabacos de la calle de Embajadores.

Todos ellos, no obstante la gravedad de su estado, pudieron declarar y declararon que el envenenamiento lo atribuían a haber comido gato en malas condiciones.

Nosotros, a pesar de ello, no nos explicamos en qué condiciones puede estar un gato para hacer daño, pues so-

lamente es factible que haga daño el gato comiéndosele con uñas; pero si se le quitan las uñas, se tiene que fastidiar el gato.

Aun hay otra razón para que dudemos de que sea ese animalito la causa de la intoxicación, y es que, dado el número de partícipes, les correspondería una parte de gato muy pequeña a cada uno, ¡y ahí tienen ustedes a Romanones, que tiene siete gatos en la barriga y todavía no se ha quejado ni de una leve indigestión!...

Muerto por hambre. — En las paralelas de la Puerta del Sol, y esperando al tranvía de los Cuatro Caminos, se hallaba el sábado último un caballero elegantemente vestido y alhajado, que de súbito se sintió indispuerto, falleciendo diez minutos después sin decir por qué.

Reconocido el cadáver por un facul-

tativo, certificó que había muerto por hambre.

Aunque al principio se pensó en la eterna historia del avaro que no come por ahorrar y que la hínca por no comer, poco después se puso en claro lo sucedido.

El caballero en cuestión se dirigía a comer a su casa, porque se le había despertado el apetito dando un paseo por el Retiro, y con objeto de ir más cómodamente se le ocurrió esperar al tranvía.

Y como ustedes saben lo que suele tardar un tranvía de los Cuatro Caminos, se explicarán perfectamente la larga sucesión de angustias y horribles tormentos por que pasó el caballero durante la triste serie de horas, días y semanas en que, confiando siempre en que llegase, no logró verle llegar, hasta que sucumbió al peso de tan atroces torturas y cayó para no levantarse más.

El alcalde de Madrid, ocupándose de este vergonzoso asunto, dijo hoy que había dirigido una enérgica comunicación a la Empresa de tranvías, y que ésta le había anunciado que se han puesto en práctica, y con carácter de absoluta urgencia, toda clase de disposiciones, con lo que se conseguirá que el tranvía llegue a la Puerta del Sol pasado mañana martes, a las seis y media de la tarde en punto.

Curiosa denuncia. — Don Isidoro de Dios, domiciliado en Bola, 23, principal, denunció ayer la desaparición de un salero de plata labrada, de la época de Luis XV, preciosa alhaja valorada en tres mil pesetas veinticinco céntimos, o en tres mil pesetas noventa (según la cantidad de sal que contenga). Don Isidoro de Dios sospecha de un bajo de zarzuela que frecuentaba su casa y que no ha vuelto desde que fué notada la desaparición, cosa que basta para asegurarse que el bajo tiene el salero de Dios.

El juez ha admitido la denuncia y ha ordenado la captura del bajo, confiando en que le hará cantar. Ahora bien: si la alhaja puede recuperarse, cantará con salero; pero si no puede recuperarse, cantará sin salero, lo cual no le hará, como es natural, gracia ninguna a don Isidoro de Dios.

Fenomenal escándalo. — En un *cabaret*, donde a ciencia y paciencia de las autoridades se vienen dando (o vendiendo) hace tiempo espectáculos bochornosos, hubo ayer un escándalo regio y morrocotudo durante la actuación de una cupletista desaprensiva, que ejecuta sus canciones con ropa más liviana que la de Weyler.

Parte del público (la mayor) se empeñó en que la cancionista se quitara la camisa, y al negarse ésta a tal pretensión, se originó la bronca, de la cual resultaron las primeras víctimas el papá y la mamá de la artista (ausentes ambos).



Dib. LINAGE. — Madrid.

— *Ahora sales con que te has dejao el flexible en la bombilla y con que eso es corriente... ¡Amos, primo alumbrao, tú estás chispal...*

Un guardia de Orden público, de servicio en el local, se puso de parte de los espectadores y exigió a la cupletera que pudiese en práctica lo ordenado por la muchedumbre, a lo cual volvió a negarse ella, manifestando que se encontraba en la absoluta imposibilidad de quitarse la camisa por una razón sencillísima: ¡la de que no la tenía!

Y como esto lo comprobó el guardia sobre la marcha y sin más que fijarse un poco, el incidente terminó, por fortuna, sin que hubiera que lamentar desgracias personales.

El guardia fué herido de un furibundo botellazo que le produjo una importante lesión en el mismo sitio en que ustedes y yo tenemos la cabeza.

Las aventuras del paleta. — Zacarías Zoquete es un honrado vecino de Alcobendas que ha tenido la humorada de venir a veranear a Madrid, y que acaba de denunciar en la Comisaría del Centro los siguientes abusos de que ha sido víctima:

Unas individuos bien portados le han vendido por trescientas pesetas el reloj del Ministerio de la Gobernación, sin que hasta la fecha se lo hayan enviado a su casa, como se lo prometieron; otro caballero, con barba rubia, le hizo abonar un duro a la entrada de un evacuatorio por un ejemplar del *Diario Universal* para entretenerse en los descansos; una señora de luto le vendió un billete de *sombra* para que no tuviese que pasear por las aceras donde da el sol en las horas de calor; y un jovenzuelo le exigió catorce pesetas por un documento en el que se le concedía licencia del gobernador para no reprimir el flato en los sitios públicos.

No obstante todo esto, lo que indignó a Zacarías y lo que ha hecho que acuda a las autoridades ha sido lo que le pasó en la verbena de San Lorenzo.

Allí se le acercaron tres sujetos y le ofrecieron por cuarenta reales unos polvos para matar suegras, infalibles; y Zacarías, que debe de estar un poco tirante con su madre política, aceptó encantado.

Entregó un billete de cinco duros y los tres socios desaparecieron, diciéndole antes que le daría la vuelta el dueño de un próximo *tío vivo*. A él se dirigió el pobre paleta, y cuando oyó al industrial verbenero que si quería que le diese la vuelta le tenía que abonar antes un real, perdió la paciencia y dió un espectáculo, que ha concluido en la Comisaría con la relación de todas sus cuitas.

Y lo peregrino del caso es que el hombre ha salido de la *Comi* satisfechísimo, diciendo que irá allí todos los días a pasar la noche, porque es el único sitio donde no le han cobrado nada.

¡Este hombre acabará por ser gobernador de provincia, si se lo propone y cultiva la amistad de algunos políticos!

ERNESTO POLO

TITIRIMUNDILLO

— Parece ser que se extiende la propaganda comunista.

— Son efectos del calor: se bebe mucha agua, se come fruta, se toma helado, y ¡todo el mundo comunista!

— ¿Y los huelguistas de los Bancos?

— Han resultado vencidos. Y es que escogieron mala época.

— ¿Por qué?

— Porque es a primero de mes: la época de los vencimientos.

— ¿Qué han estrenado en los Jardines?

— La estrella errante.

— ¿Y la compañía?

— Se marcha. ¿No le digo a usted que es errante?

— El último invento es la huelga de las huelgas.

— ¿En qué consiste?

— Pues muy sencillo. No hacer más huelgas, por estar cansado de trabajar en hacerlas.

Se ha fundado el Instituto Cristóbal Colón.

¿Qué enseñan allí?

Indudablemente, debe de ser a descubrir mundos.

Como en los andenes de una estación ferroviaria.

«Un grave peligro para la infancia.»

El de crecer y exponerse luego a leer los artículos de fondo de los periódicos.

— ¡Pobre Godínez!... Murió a causa de un helado.

— ¡Qué horror! ¿Mantecado o fresa?

— No; el-hado de la fatalidad.

«Liquidación de un Banco.»

¡Claro, con estos calores!...

Se conoce que era un banco de hielo.

Unos atracadores robaron a un carbonero y le amenazaron con hacerle cisco.

El robado salió huyendo, porque, indudablemente, se dijo:

— ¿Cisco, y en este tiempo?... No me conviene.



— Aquél sí que llegará.

— ¿Por qué?

— Porque tiene quien le empuje.

Dib. CISNEROS. — Madrid.

ASEO PERSONAL

— ¡Hola, Pedrol

— Adiós, Blas!

— ¿Hay novedades

por tu barrio?

— Hombre, sí. Dice el *Patolas* que le acaba de dar Exuperancio, el que vive *ensartao* con la Ildefonsa, una noticia.

— ¿Cuál?

— Una que, francamente, me alborozó, y es la *preposición* que al Municipio le eleva un concejal, de que en la ronda, muy cerca de la fábrica de puros y pitos, establezca una parodia del Cantábrico.

— ¿Cómo?

— Una cazuela

colosal, donde, en ropas de las menores que hay, puedan bañarse, de los pies a la chola, los ancianos, los chicos, las mujeres, los obreros, los golfos y las golfas que han criado en su piel ilustraciones y no pueden llegarse hasta Cestona. ¿Qué te parece, Blas?

— Chico, admirable;

porque la higiene es cosa que está descuidadilla en este pueblo, donde pocos se mojan

el cutis *interior*, como la lluvia no les cale los pelos de la ropa. Verdad es que, efectuándose la idea, podrían las garbosas cigarreras mirar, desde los huecos que dan luz al casón donde laboran, cómo algunos amigos se bañaban en el traje de Adán, y alguna que otra quizás esperaría, abriendo el ojo, que doblasen la hoja.

Pero, chufas aparte, es buen proyecto. Lo que hace falta ahora es que lo del estanque no se estanque como se han estancado mil reformas.

— Sí; Dios quiera que cuaje, aunque no sea de Gasset esta acuática mejora. Pero dudo de que haya más de cuatro que quieran desprenderse de la roña, y abonándose al charco proceloso, en él gocen luchando con las olas.

— ¡Que en lugar de echar agua le echen vino, y verás los bañistas que se abonan!

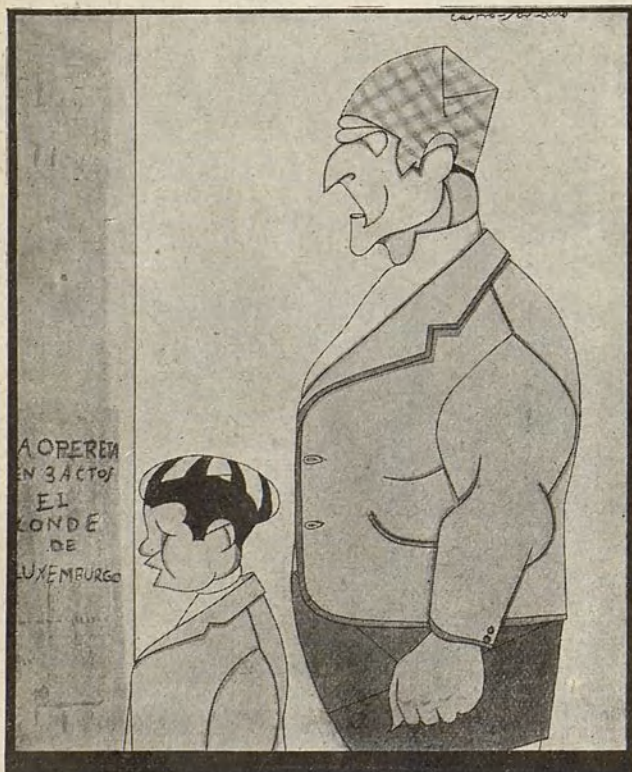
— ¡Adiós, Pedrol!

— ¡Adiós, Blas!

— ¿Irás tú al baño?

— ¿Yo mojarme la piel?... ¡Eso, ni en broma!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. CASTRO SORIANO. — Madrid.

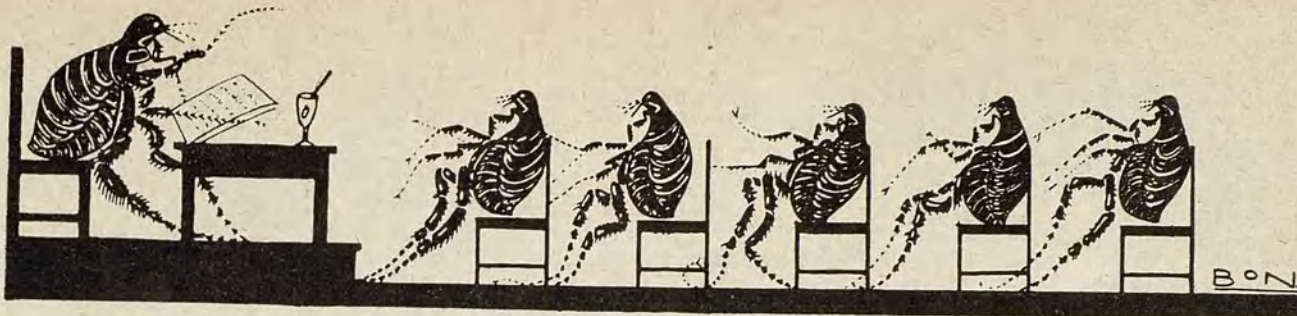
— Mira a ver, maño, las funciones que ponen hoy.
— Dos: la opereta en tres actos y El conde de Luxemburgo...



LA REVOLUCIÓN EN MÉJICO

Dib. BEBERIDE. — Madrid.

— Y usted, mi jefesito, ¿qué cargo ocupa entre los rebeldes?
— ¡Yo soy el cabecilla!!...



MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J. SAN GERMÁN OCAÑA. — ILUSTRACIONES DE BON

(CONTINUACIÓN)

Poco a poco fué acercándose hasta una distancia de medio centímetro, y mirándome con los ojos entornados, cruzó una pata con otra, a lo flamenco, y me preguntó:

— ¿Está usted sola, perla de la noche?

Me ruboricé hasta el negro de los ojos. No esperaba un piropo tan lindo ni tan descarado. Recordé el juicio que los cínicos merecían a mi madre, y por no favorecer su atrevimiento, aunque en el fondo me halagaba, hube de aparecer enojada con otro motivo.

— ¿Por qué hace usted tanto ruido al volar? ¿No ve que eso despierta a nuestros enemigos?

El suspiro y repuso con un gesto de picardía:

— Hago ese ruido para aturdirme y no pensar en las pulgas bonitas que me quitan el sueño.

¡Qué delicadeza en la expresión! ¡Qué gentil persuasividad sabía llevar al alma aquel mosquito! Nunca escuché frases más halagüeñas. Me quedé como en éxtasis, paralizada y muda, oyendo la sinfonía nueva de sus requiebros, hasta el punto de olvidar las admoniciones de mi madre. Mi pretendiente prosiguió:

— Siento por usted una simpatía de



no te menees, pulguita. Voy a conocer sus secretos bebiendo de la misma sangre que usted.

Y dicho esto, sacó de entre sus man-

díbulas una larga y buída trompa que clavó íntegra en medio de la vena.

Tan sugestionada estaba yo en su presencia, que no me di cuenta de que el



cuerpo de la marquesa se rebullía levemente. El mosquito volvió a hablarme con la boca llena:

— ¿Puede usted darme alguna esperanza, preciosa tobillera?

No pude contestar a semejante insinuación. En aquel momento cayó con horrible violencia sobre nosotros algo catastrófico, que no sé si era el techo o la misma bóveda del cielo. Quedé un segundo como aplastada sobre la vena, y cuando pude abrir los ojos, vi en un dedo monstruoso de la señora el cuerpo del cinife gentil mutilado y sangriento. Un débil estertor se escapaba de su trompa deshecha...

Fué la primera víctima de mi amor. Mi influencia comenzaba a ser fatal. Transida por la angustia, perdí el sentido y caí como un fardo al fondo de la cama.

VI

¿Cuánto tiempo permanecí desmayada? ¿Milésimas de segundo? ¿Acaso un inacabable minuto? No puedo precisar-

lo. Cuando volví a tener conciencia de la vida, me hallé debajo del edredón de seda, rodeada de mi madre y de una vieja chinche muy amiga nuestra, que me daba cuidadoso masaje en el quinto anillo del vientre, sobre el hígado, un poco inflamado por el golpe recibido.

Fuí objeto de durísimos reproches por no haber seguido al pie de la letra las instrucciones maternas, y gracias a la solícita intervención de Nelika, que así se llamaba la chinche, me libré de una formidable azotaina.

Emprendimos el regreso a casa con una marcha lenta y fatigosa, porque yo, dolorida, no podía andar con desembarazo, y la chinche se resentía de un ataque de gota en la tercera pata derecha.

Hacia mucho tiempo que mi madre no se encontraba con Nelika, que también acostumbraba a ir cotidianamente al lecho de la marquesa para ganarse la vida con el sudor de su robusta frente. Así, pues, la buena hemiptera, siempre que sus dolores gotosos eximían a su lengua de la obligación de quejarse, satisfacía su curiosidad respecto a mí con multitud de preguntas acerca de si yo había to-



mado ya la primera comunión, si iba al colegio, si me pondrían pronto de largo, y otras minucias por el estilo.

Nelika era tan amiga de nosotras tal

vez por dos circunstancias: porque, no perteneciendo a nuestra raza, no participaba del profundo agravio que las pulgas habían recibido de mi madre, y porque ambas se sentían identificadas por el infortunio. Efectivamente, Nelika llevaba una desoladora tragedia en su corazón. Un año antes nuestra vieja amiga habitaba con su esposo y cuatro hijos en el entresuelo izquierda de un catre de tijera de una criada de la casa. Vivían formando colonia con otras muchas familias de chinches, pobres, pero honradas, alegres y sin preocupaciones. El alimento era sano, abundante y fácil, porque la criada, gorda y trabajada, caía por las noches rendida en el lecho y no la despertaba ni el picotazo de un buitre de los Andes. Pero está escrito que la dicha sea un beneficio demasiado fugaz sobre la tierra. Una mañana, cuando la colonia se hallaba sumergida en el primer sueño, sorprendió su reposo un espantable estrépito. La tijera de palo, desprovista del jergón y de las ropas, se abrió y se cerraba como impedida por un terremoto. Los más ancianos de la colonia no recordaban un fenómeno sísmico de tanta intensidad. Cundió la alarma; todas las chinches, en paños menores, huyeron despavoridas, impetrando misericordia de lo alto. Pero de lo alto, en vez de misericordia, cayó sobre los fugitivos la tragedia del apocalipsis: un chorro de agua hirviendo, mezclado con polvo volcánico insecticida, marca «Leyer», sembró el exterminio en

En la hecatombe perecieron el esposo y los cuatro hijos de Nelika. Ella pudo salvarse milagrosamente agarrada a un filamento de estropajo que la criada tiró a un cubo vacío. Luchó durante varios días entre la vida y la muerte. Su vigorosa naturaleza pudo vencer el peligro de unas extensas quemaduras complicadas con una grave intoxicación originada por los polvos insecticidas; pero su pobre alma quedó para siempre atezada por el dolor de la pérdida de todos sus seres queridos. Envejeció y peinó canas prematuramente. No se mató porque esa cobardía sólo estaba reservada a las personas. Si un tío mío se suicidó, no se olvide que estaba loco.

A partir de su convalecencia, Nelika trasladó su domicilio a un humilde agujero bajo el asiento de anea de una silla rota, abandonada en el cuarto de los baúles, no lejos de la cocina. No volvió a formar colonia ni a entrar en la trágica habitación de la criada. Sola, penitente, contrita y llorosa, no vivía más que para rezar por sus muertos. El intenso color rojo que embellecía su espalda y sus caderas se tornó de un matiz pálido. El invierno último, a causa de tener que atravesar por las noches el frío corredor que conducía al dormitorio de la marquesa, la gota y el artrismo se agarraron a sus débiles patas y le hacían sufrir torturas interminables. Era una excelente chinche, muy digna, muy discreta, muy bondadosa; en una palabra, era una señora chinche. Mi ma-

reaba el día. La luz le producía vértigos, y nunca pudo resistirla sin el auxilio de las gafas ahumadas. Padecía fotofobia. Y he aquí relatado cómo empecé a ser



un parásito útil a mi raza, puesto que ya no necesitaba de nadie para vivir. Por los accidentes y sorpresas desagradables de mi *début*, se comprenderá que yo era una predestinada a la desgracia. Lo fui desde la cuna. Lo llevaba en la sangre...

VII

Al cumplir el mes y medio de edad ya era yo una pulga hecha y derecha. El espejo me decía a diario que era bonita y esculturalmente formada. Mi cara dibujaba un óvalo suave, y mis ojos eran rasgados y misteriosos. Tenía las patas torneadas y armónicas, sobre todo las dos de atrás, largas, fuertes y brillantes, con los fémures anchos, de donde partían las líneas graciosas de las caderas. Me peinaba el vello del lomo con una raya en medio, para dividirlo en bandós rizosos y ondulados.

He de anticipar que nunca utilicé, como otras pulgas de mi época, pinturas ni afeites para realzar mi natural belleza. Mis labios no conocieron la barra de carmín, y mis ojeras eran insinuantes y sugestivas, porque el cielo lo había dispuesto de tal suerte, quizás para que yo la tuviera muy mala.

Era alta, larga y esbelta como un tallo fresco de perejil. Mi cuerpo tenía los dos milímetros ideales porque suspiran todas las pulgas en la pubertad. Las pulgas más hermosas de nuestra especie, aquellas que han pasado a la posteridad por sus escandalosas historias de amor, no tuvieron ni más ni menos largura que la mía...

(Se continuará.)



aquella población colonial, cuyas honestas costumbres y hábitos de trabajo no justificaban el mismo triste fin que tuvieron Sodoma y Gomorra.

dre le profesaba tierno afecto, y Nelika no reataba la reciprocidad.

A la puerta de nuestra casa la chinche se despidió para volver a la suya. Cla-



Dib. RAM3REZ. — Madrid.

— Debe de tener un coraz3n sensible. ¡M3rala c3mo le gustan los animales!... No s3 si decidirme.

— Chico, creo que puedes decirte.

CUESTIÓN DE COMPETENCIA "EL CHICO DE CRIPTANA"

Me he mantenido en silencio días y días para ver si sobrevénía la protesta en motín, la sublevación popular que yo esperaba; sin embargo, se han cerrado las Cortes sin que ninguna voz pidiera reparación, justicia, venganza, o, por lo menos, revisión del hecho absurdo que motiva estos renglones.

Es el caso que en el Congreso, en una de sus últimas sesiones, se levantó el diputado Sr. Arroyo y comunicó al Parlamento una noticia, según él, alarmante y sensacional: el gobernador de Palencia, llamado por un periódico de la localidad *el Chico de Criptana*, había toreado por faroles ceñidísimos a un becerro de casta y le había despachado después de un volapié magno hasta la bola, siendo sacado en hombros, aclamado por el público que llenaba la plaza.

En vista de eso pedía el Sr. Arroyo al Parlamento la destitución del gobernador, «porque — decía — el hombre que se conduce de tal modo, ¿cómo habrá de resolver un conflicto serio si se le presentara?»

Esto no puede oírse en paz, señores. Esto creía yo que el pueblo mío no podría escucharlo indiferente, sin pedir en el acto las sanciones oportunas. ¿Le parecerá al Sr. Arroyo que encontrarse frente a un toro y tener que arrollárselo a la cintura sin detrimento propio no es un conflicto serio? En el circo, no en el semicírculo o hemiciclo de los señores diputados, en el circo taurino quisiera ver yo al Sr. Arroyo turbulento, y entonces veríamos si esos conflictos tauromáquicos le parecían o no serios, y veríamos si podía él despacharlos como los conflictos del Congreso, con todos los torres de su arrolladora elocuencia.

Por lo demás, conformes en un todo. El gobernador de Palencia ha cometido una torpeza. ¿A quién se le ocurre ser gobernador teniendo habilidad, arrojo y aptitudes para levantar en vilo a un pueblo entrando por derecho?...

Ahora que estamos pidiendo a todas voces hombres de responsabilidad, ¿no debería haber pensado el Sr. Arroyo que el toreo es quizás la única tarea nacional en donde el que la ejecuta acepta íntegramente la responsabilidad de su situación, y eso que se trata de una responsabilidad en la que se juega la pelleja y en la que se tiene que responder con arrojo, decisión, vista y ciencia? ¿Puede presentarse ningún gobernador de ninguna provincia que haya tenido que derrochar en su Gobierno tal cantidad de responsabilidad y tal abundancia de virtudes frente a ningún conflicto serio de los varios que se les han presentado en estos tiempos?...

«Diestro» llaman al *Chico de Criptana* los cronistas. ¿Puede ningún político recibir en justicia un apelativo semejante? España toda va con tan espontánea

perseverancia a las plazas de toros porque sabe que solamente allí puede encontrar verdaderamente diestros. Fuera de las plazas, y principalmente en la profesión política, solamente siniestros encuentra.

¿Y todavía se atrevió el señor ministro de la Gobernación a contestar al señor Arroyo diciéndole que tomaría las medidas necesarias para que el gobernador de Palencia desempeñase el cargo de tal «con toda dignidad». ¿Cómo el Sr. Natalio Rivas, tauromáquico él, no botó en el asiento al oír aquello y no votó en contra en el acto? ¿En qué profesión puede haber más dignidad que en esta del toreo, donde la primera condición exigida para la profesión es la de facultades? ¿Se les exige — dicho sea con toda dignidad — a los ministros facultades para desempeñar las carteras que por turno van pasando como la antorcha mitológica de una mano en otra mano? ¿Qué diferencia entre el toreo y la política? En el toreo todo depende de una alternativa: o se está bien, y el público aplaude, o se está mal, y el público da la sanción condenatoria en el acto, sin contemplaciones, discusiones ni comisiones parlamentarias ni pamplinas; nada de parlamentos ni palabras: pitos al canto, botellas a la cabeza, y ¡otro tallal!

Tenga por seguro el Arroyo parlamentario que semejante procedimiento ejecutivo fomenta la dignidad como pocos y es insustituible para derribar prestigios falsos.

Quizás si se alarmó tanto el Parlamento fué porque comprendió cuán perturbadora podría ser la ingerencia en la política de las francas y rotundas costumbres taurinas. No comprendo, de lo contrario, cómo pudo producir la

menor indignación el arranque del *Chico de Criptana*; si está vigente el régimen del sufragio popular, ¿no le parece a su señoría, Sr. Arroyo, claro que el sufragio de todos los espectadores que aplaudieron al *Chico de Criptana*, es un sufragio digno de ser tomado en cuenta?

No se olvide que el sufragio de los públicos de la plaza de toros son los únicos en los que los votantes en vez de cobrar, pagan. No estarían en los escaparates muchos de los que oyeron sin protestar al Sr. Arroyo, si sus elecciones se hubieran visto sometidas a la prueba tauromáquica de la aclamación gratuita y espontánea.

El Sr. Sánchez Guerra se considera honrado en su comportamiento como gobernante durante la famosa huelga de Correos, sólo por el hecho de que al entrar en el Casino de Madrid le aplaudieron unos cuantos socios. Pues los socios que llenan un Casino no pueden constituir en ningún caso un sufragio tan desinteresado y tan nutrido como el que puede presentar en su pro el *Chico de Criptana*.

Reconozca el fluvial diputado que se salió de madre y no se atuvo a los cauces moderados propios del estiaje. Confiese que tal vez hubo en su indignación su poquito tal vez de secreta y nobilísima nostalgia, pensando que él jamás podrá obtener en su vida política un sufragio tan clamoroso y económico como el obtenido por el *Chico de Criptana*. El Sr. Arroyo ha comprendido quizás, allá en su fuero interno, que político lo puede ser cualquiera, y que, en cambio, torero... El Sr. Arroyo sabe que, hoy por hoy, no ha conseguido ningún gobernador honrar a España con faroles de tanto lucimiento como los del *Chico de Criptana*, y eso que son tantos y tantos los gobernadores de la historia que han querido meterse a faroleros. Muchos de los que se dedican a políticos hubieran deseado también, como el gobernador de Palencia, picar alto y pinchar hondo; pero han tenido que desengañarse al fin y al cabo y dedicarse a la política, convencidos de que ni pinchan ni recortan.



Dib. FERVÁ.

- Ése es el Sindetikón.
- Ya lo sé. Ayer me pegué con él.

Niño de Criptana: dicen que la política es un toreo..., no hagas caso... Que basta mano izquierda..., no hagas caso... Tú sigue entrando por derecho, que es lo que da, según has podido ver, provecho y honra. ¿Quién conocía al gobernador de Palencia? Nadie. Y vale más, porque suena mal eso. En cambio, el *Chico de Criptana* suena a copla, y a garbo, y a simpatía castiza y sandunguera.

MANUEL ABRIL

CANCIÓN ROMÁNTICA

La amargura de un murguista

«Era tan suave la armonía
de aquella tierna melodía,
que, llena de gozo, sentía
mi corazón soñar...»

(Inspirada estrofa del cuplé
¡Maldito tango!, con cuya
música se me ha puesto en la
cabeza que canten ustedes la
presente tontería que hoy les
dedico.)

(Este lacrimoso canto lo profiere un murguista que aparece en escena con un trombón más grande que Francos Rodríguez, y con una pena más grande que el trombón. El motivo de su dolor lo verán ustedes en la canción, por poca penetración que tengan.)

¡En una murga estaba contratado!
¡Nunca el trombón dejé yo de tocar!
¡Hasta que un día vi a una peñadora,
y sentí ganas feroces de bailar!
Mientras soplabo yo en el instrumento,
ella bailó el *chotis* con un *chofer*...
¡Yo me ofusqué!
¡Y no toqué el trombón!
¡Y en cambio el violón
toqué!!...

¡Mientras tocaba, ella bailaba!
¡Pero el *chofer* se aprovechaba!
¡Y una de abrazos le atizaba
de *pe* y *pe* y doble *ull*...
Y al observar aquel masaje
dije: «No sea usted salvaje!
¡Usted se debe ir al *garage*,
en vez de hacer el *bull*!...»

La peñadora, que era de Buitrago,
al poco rato se fijaba en mí...
¡Y al dar yo un *ta*, seguido de un *la-mi-do*,
ella a *mi lado* me vino a dar el *sil*...
¡Tal emoción sentí yo al verme amado,
que del trombón al punto me olvidé!
¡Le arrinconé,
y no le toqué ya!
¡Pero a ella sí que la
toqué!!

Al mes y medio, muy contento,
yo celebré mi casamiento.
¡Mas con mi esposa mi instrumento
no ha sido afortunao!
¡Desde que yo soy su marido,
cuando yo toco se ha aburrido!!
¡Y nada más se ha divertido
si es otro el que ha tocao!!...

¡El adulterio a mí me pilla
sin una perra y con lo puesto,
mientras se ríe mi costilla
de todo esto
que ha pasao!!

¡Y aunque yo no lo vi hasta ahora,
mi matrimonio fué un camelo,
pues no pensé que es peñadora,
y que a mí el pelo
me ha tomao!!!

NÉSTOR O. LOPE



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¿Se quita tu marido los zapatos cuando llega a las tres de la madrugada?

— Tenía esa costumbre; pero se la he quitado. Ahora le echo tachuelas en la escalera.



ZARAGOZANA

Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— Guardia, ¿quiere usted decirme donde está La Seo?

— Te voy a detener por insulto a la autoridad. ¡Desvergonzado!

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL AMOR AL PRÓJIMO, por Leónidas Andreiev

(CONTINUACIÓN)

Aparece un grupo de músicos y cantantes italianos errantes. El tenor, un hombrecillo grueso, de perilla roja y ojos estúpidos y lánguidos, canta con voz dulzona. El barítono, flaco y concurvado, canta con voz aguardentosa, echada atrás la gorra de *jockey*. El bajo, que parece un bandido, toca la mandolina. La tiple, una muchacha delgada, de grandes ojos movidizos, toca el violín.

LOS ITALIANOS. — Sul mare lucido,
L' astro d' argento,
Placida è l' onda,
Prospero è il vento,
Venite all' agile...
Barchetta mia...
Santa Lucia...

MACHA (melancólica). — ¡Agita los brazos!
EL TURISTA GORDO. — Tal vez los agite bajo la influencia de la música.

LA SEÑORA BELICOSA. — Es muy posible. Pero eso quizás le haga caer antes de tiempo. ¡Eh, músicos!... ¡Váyanse!

(Accionando y gesticulando energicamente, llega un turista alto y bigotudo, acompañado de algunos curiosos.)

EL TURISTA ALTO. — ¡Esto clama al cielo! ¿Por qué no se le salva? Ha pedido socorro. Le habrán oído ustedes, señores.

LOS CURIOSOS (a coro). — ¡Sí, le hemos oído!

EL TURISTA ALTO. — Yo también le he oído. Ha gritado «¡Socorro!» con todas sus letras. ¿Por qué no se le salva, pues? ¿Qué hacen ustedes aquí?

EL PRIMER GUARDIA. — Guardar el sitio donde ha de caer.

EL TURISTA ALTO. — Muy bien. Pero ¿por qué no le salvan ustedes? ¿Dónde está su amor al prójimo? Cuando un hombre pide socorro, hay que socorrerle. ¿Verdad, señores?

LOS CURIOSOS (a coro). — ¡Qué duda cabe!... ¡Hay que socorrerle!

EL TURISTA ALTO (con énfasis). — No somos paganos, somos cristianos, y nuestro deber es amar al prójimo. Pide socorro, y hay que tomar, para salvarle, todas las medidas al alcance de la administración. Guardias, ¿se han tomado todas las medidas?

EL PRIMER GUARDIA. — Sí, señor.

EL TURISTA ALTO. — ¿Todas?... ¡Absolutamente todas!... Muy bien. Señores, todas las medidas han sido tomadas. Joven (dirigiéndose al desconocido.), todas las medidas han sido tomadas. ¿Oye usted?

EL DESCONOCIDO (con voz apenas perceptible). ¡Socorro!

EL TURISTA ALTO (conmovido). — ¿Oyen ustedes, señores? De nuevo pide socorro.

UNO DE LOS CURIOSOS (timidamente). — En mi sentir hay que salvarle.

EL TURISTA ALTO. — Hace dos horas que estoy diciéndolo. Guardias, ¡esto clama al cielo!

EL MISMO CURIOSO (con un poco más de audacia). En mi sentir, lo que procede es dirigirse a la administración superior.

LOS DEMÁS CURIOSOS. — ¡Sí, hay que elevar una queja! ¡Esto es intolerable! ¡El Estado no debe abandonar a los ciudadanos en los momentos de peligro! ¡Todos pagamos contribuciones! ¡Hay que salvarle!

EL TURISTA ALTO. — No ceso de decirlo. Desde luego, hay que elevar una queja. Diga usted, joven (al desconocido.), ¿paga usted contribuciones?... ¿Qué?... ¡No le entiendo!

EL TURISTA GORDO. — Sacha, Petka, ¿ois? ¿Qué horrible tragedia! ¡Pobre joven! Está a punto de fenecer, y le reclaman la contribución.

MACHA (melancólica). — ¡Ya va a caer, papá! (Gritos. Agitación entre los portakodaks.)

EL TURISTA ALTO. — Hay que darse prisa, señores. ¡Hay que salvarle a toda costa! ¿Quién me sigue?

LOS CURIOSOS (a coro). — ¡Nosotros!

EL TURISTA ALTO. — ¡Han oído ustedes, guardias! ¡Vamos, pues, señores!

(Se van con aire decidido. Aumenta la animación en el buffet. Se oye chocar de vasos y una canción alemana. El mozo, rendido, se aparta un poco de la mesa y se enjuga el sudor de la frente.)

VOCES. — ¡Kelner!... ¡Mozol!...

VOCES IMPACIENTES. — ¡Mozol!... ¡Kelner!... ¡Cerveza!

EL MOZO. — ¡En seguida!... ¡En seguida!...

(Salen del buffet dos caballeros borrachos y se dirigen a la roca.)

LA SEÑORA CUYO ESPOSO ESTABA JUGANDO AL AJEDREZ. — ¡Mi marido!... ¡Ven, ven!...

LA SEÑORA BELICOSA. — ¡No decía yo que era un sinvergüenza?

EL PRIMER BORRACHO (al desconocido). — ¡Eh, amigo! ¿Cómo le va ahí arriba?

EL DESCONOCIDO (en voz bastante alta). — ¡Muy mal!... ¡Estoy ya hartol!...

EL PRIMER BORRACHO. — ¿Y ni siquiera puede usted beberse un vaso de vino?

EL DESCONOCIDO. — Desgraciadamente, no.

EL SEGUNDO BORRACHO. — ¿Para qué le dices esas cosas?... ¡No amargues sus últimos momentos!... ¡Llevamos toda la tarde bebiendo a la salud de usted. Con eso no le hacemos ningún daño, ¿verdad?

EL PRIMER BORRACHO. — Claro que no. Al contrario, lo que hará es darle ánimos. Adiós, joven. Lamentamos mucho su desgracia y, con su permiso, nos volvemos al buffet.

EL SEGUNDO BORRACHO. — ¡Cuánta gentel!...

EL PRIMER BORRACHO. — ¡Vamos, machos! Aprovechemos el tiempo, que en cuanto caiga cerrarán el establecimiento.

(Llega un señor muy elegante, rodeado de nuevos curiosos. Es el corresponsal de los principales periódicos europeos. La gente, a su paso, murmura su nombre y le mira con admiración. Algunos bebedores salen del buffet para verle.)

VOCES. — ¡El corresponsal!... ¡El corresponsal!...

LA SEÑORA. — ¡A que no le ve mi marido!...

EL TURISTA GORDO. — ¡Petka, Macha, Sacha, Katia, Vasia, mirad!... ¡El rey de los corresponsales!... ¡Lo que él escriba sucederá!

LA SEGUNDA MUCHACHA. — Pero ¿adónde miras, Macha?

EL PRIMER COLEGIAL. — ¡Papá, no puedo más!... ¡Que nos traigan unos emparedados!...

EL TURISTA GORDO (entusiasmado). — ¡Qué tragedia, Katia!... ¿Te has hecho cargo?... Brilla el sol, el corresponsal nos honra con su presencia y el sinventura!...

EL CORRESPONSAL. — ¿Dónde está?

VOCES SOLICITAS. — ¡Ahí, en lo alto de la roca!... ¡Un poco más arriba!... ¡Un poco más abajo!...

EL CORRESPONSAL. — Déjenme, señores, yo lo encontraré... ¡Ya lo veol!... ¡Su situación no es nada envidiable!...

UN TURISTA (ofreciéndole su taburete). — ¿Quiere usted sentarse?

EL CORRESPONSAL. — Gracias. (Se sienta.) ¡Muy interesante, muy interesante!... (Saca papel y lápiz.) ¡Han impresionado ustedes ya algunos clichés, señores fotógrafos?

EL PRIMER FOTOGRAFO. — Hemos fotografiado la roca con el pobre hombre esperando su trágico fin.

EL CORRESPONSAL. — ¡Muy interesante, muy interesante!...

EL TURISTA GORDO. — ¿Oyes, Sacha? Un hombre tan listo y tan culto como el corresponsal encuentra esto muy interesante, y tú sólo piensas en los emparedados, ¡imbécil!...

EL PRIMER COLEGIAL. — El corresponsal, probablemente, habrá almorzado ya.

EL CORRESPONSAL. — Señores, si fueran tan amables... Un poco de silencio...

UNA VOZ SOLICITA. — ¡Que se callen en el buffet!

EL CORRESPONSAL (a voz en cuello, dirigiéndose al desconocido). — Permítame presentarme: soy el principal corresponsal de la Prensa europea. Quisiera hacerle algunas preguntas acerca de su situación. Ante todo, ¿quiere usted decirnos su nombre, profesión y estado?

(El desconocido balbucea algo ininteligible.)

EL CORRESPONSAL. — No se oye nada. ¿Habla así siempre?

VOCES. — Sí. No se oye nada.

EL CORRESPONSAL (escribiendo). — Conque soltero, ¿eh?

(El desconocido balbucea algo ininteligible.)

EL CORRESPONSAL. — No le oigo. ¿Qué dice?

UN TURISTA. — Que sí, que es soltero.

OTRO TURISTA. — No. Dice que es casado.

EL CORRESPONSAL. — Pues pondremos que es casado. ¿Cuántos hijos tiene usted? ¿Tres?... Crgo que ha ocho tres; pero no estoy seguro. En la duda, pondremos cinco.

EL TURISTA GORDO. — ¡Qué tragedia!... ¡Cinco hijos!...

LA SEÑORA BELICOSA. — ¡Ya será alguno menos!

EL CORRESPONSAL (a voz en cuello). — ¿Cómo ha venido usted a parar a ese sitio tan peligroso? ¿Paseándose?... ¿Qué?... ¡Hable más fuerte!...

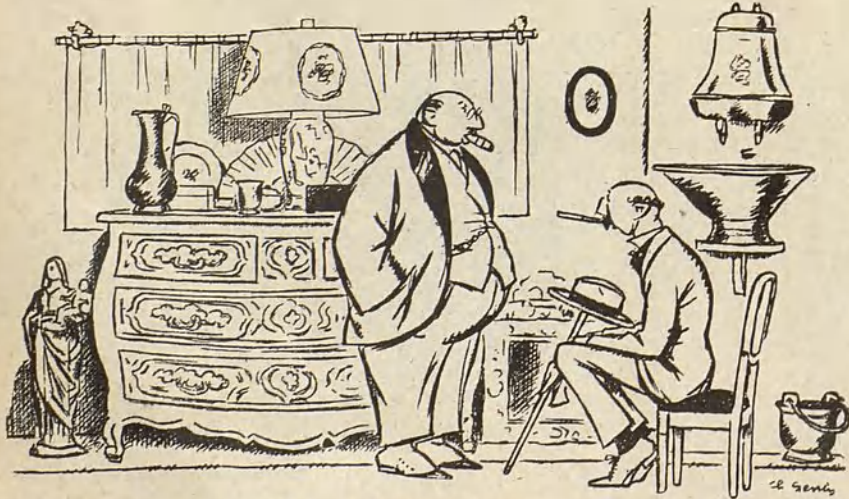
¡Nada!... No se le oye.

EL PRIMER TURISTA INTÉRPRETE. — Creo que dice que se perdió.

EL SEGUNDO TURISTA INTÉRPRETE. — Creo que dice que no lo sabe.

VOCES. — ¡Iba de caza!... Es un alpinista temerario... Es un sonámbulo...

(Se continuará.)



— ¿No ibas a presentar un magnífico cofre Luis XIII en la feria de antigüedades?

— Sí; pero no le pude terminar a tiempo...

(De GENTY, en Le Rire, de París.)

CHARLOT, EL CHISPA Y SU BOTONES

En la última charlotada nocturna celebrada en Madrid tuvimos ocasión de presenciar un truco muy interesante y que al público le produjo una excelente impresión.

Terminada la lidia del primer novillo, el botones se dirigió al difunto, y con gran limpieza y de un solo bocado, le arrancó el rabo. (Palmas.)

En el segundo, y para no ser menos que su compañero, el Chispa arrancó con la boca, a la terminación de un farol, un cuerno al pobre animal, que se quedó como quien ve visiones. (Ovación.)

Se esperaba la salida del tercer becerro, pensando con visible emoción en lo que haría Charlot, para no ser menos que sus cofrades.

Efectivamente, apenas ha dado unos capotazos con su gracia acostumbrada, cuando, aprovechando un descuido del pobre animal, [zas], de dos bocados le

arranca los dos cuernos. (Ovación, oreja y rabo.)

Y sale el último. Abierto el toril, aparece en la ex candente arena un toro, un verdadero toro por su tamaño y por sus acometidas. (Expectación.)

La lidia transcurre sin incidentes, y llega la muerte del toro, en la que tampoco hay nada de particular.

El público empieza a dar señales de desagrado, cuando Charlot, el Chispa y su botones mandan retirar las mulillas, y cogiendo con los dientes el extremo de la cuerda atada al cuello del toro, hacen el arrastre en medio de una atonadora ovación. (Prendas de vestir, mesillas de noche y salida a los medios.)

Para corresponder a la cariñosa ovación recibida, Charlot dirigió la palabra al público y dijo:

— Esto lo hace cualquiera que use, como nosotros, el maravilloso elixir dentífrico Sanolán.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

A. C. M. y C. (Conde de S. A.), calígrafo y escritor. Atarfe (Granada). — ¡Ahí va eso! Nosotros nos lavamos las manos, ¿eh? No queremos responsabilidades ni que nos rompan los cristales de la Redacción.

«ARABEÑA (I)»

«CANCION MAHOMETANA Y DANZA

«Letra de A. Cano Mariscal. — Música de M. Guindo.

«Hace poco un jefe africano una carta árabe me escribía, y al pedir cariñoso mi mano, reina del moro juraba me haría... Pero, orgullosa y ofendida, yo con desprecio neguéle mi amor, y juréle, al firmar, ¡por mi vida!... que sólo era dueña de un español. A la carta adjunté un retrato del hombre blanco que tanto yo quería, para que pasara un mal rato el rey de la farruquería. Otro mío también le adjuntaba para que viese de él se burlaba mi indignado corazón, y que sólo para mí era bravo, vestidito de soldado, aquel moreno chulapón.

«ESTRIBILLO

«¡Ah morito, morito!... asqueroso Mohamed, yo me muero, yo me muero si pronto mi artillero no sabe calmar mi sed.»

¿Qué les parece el cuplé del señor conde? Pues hay más.

«BOMBILLAR (II)»

«CHOTIS ORIGINAL

«Letra de A. Cano. — Música de M. Guindo.

«Yo no soy de remotas naciones, pues nací puramente gitana al tocar de unos panderos y al cantar de unas canciones que cantaron mis abuelos en las cuevas de Granada. A los quince años, que vivía tan dichosa, con mi gitanillo huía de la choza, en aquel borriquillo de los viejos cañiles... Besando su cara, besando sus ojos y sus labios rojos que besando me matan. Y he aquí al gitanillo con su gitanilla, él por mí loquillo, yo por él loquilla.



HERNIAS

Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

«ESTRIBILLO

«Es mi «Bombillar» para bailarse un chotis de los más castizos; pida en las bodas y bautizos mi «Bombillar» para marcarse.»

Queda el tercero, el sentimental. ¡Agarrarse!

A M A D O R
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

«LA HIJA DEL DESTINO

(¡Ay, su padre!)

«Del Hospicio me sacó una mujer. Llévome a su casa y me hizo trabajar. Iba creciendo, iba despertando y cuenta exacta me iba dando que era a destiempo explotado mi ser... Bella nací del gran pecado para ser esclava del hombre ruin, que buscaba el placer pagado.

No le des vueltas, Bartolo;
si quieres enamorar,
has de usar Licor del Polo
de Orive.

II

«Pasó mi riqueza, pasóse la alegría..., pasó la belleza que vendíome un día! Ahora, errante, vieja y enferma..., ¡los hombres me asquean!..., ¡ellos me desprecian!... y la Muerte... ¡triumfante se acerca!...

«Entre unos viejos llenitos de espanto, mi cuerpo reposan allá el camposanto. Sin doble de fúnebres campanas, sin rituales ni rezos..., y sin cerrar las ventanas de mis ojos... ¡mi madre! con besos...»

Esto es rigurosamente auténtico; tenemos los cuplés citados, con su puntuación y todo, a disposición de los ciudadanos que quieran regocijarse durante un año entero.

Y rogamos al Sr. M. G., colaborador del señor A. C. M., que nos envíe la música de los cuplés, para entonarlos a coro en la Redacción.

GUÍA DE MOROSOS

Lorenzo Valero. — Kiosco Moderno de los porches de Vega Armijo. — Huesca.

Este distinguido corresponsal, más fresco que las brisas de la sierra de Guara, tiene con nosotros una de esas loras que no hay quien le haga apoquinar.

Tenemos noticias de que en esto del pago se ha distraído ya con varias Empresas.

Francisco de P. Morales. — Duque de Montpensier, 16. — Sanlúcar de Barrameda.

Este socio es un ¡viva la Virgen!, y no hay manera de sacarle los cuartos que nos adeuda. Sentimos mucho tener que sacarle a la vergüenza pública; pero nosotros, en cuestiones de pesetas, somos más serios que Bergamín.

(Se continuará.)

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— Mira qué casa más alta, Manué.
— De seis pisos.
— Oye, y parece que el último lo hasen de mimbre.
— ¡Claro, mujé! El sexto tie que ser de mimbre.

J. Marcos Domínguez. — Madrid.

— ¿En qué se parece un ama de cría a una carta certificada?
— En que la carta tiene lacre, y el ama de cría tiene la-creatura.

K. Chano.

— ¡Eh, mozo! ¡Esto es asqueroso: dos pelos en esta cabeza de cordero!
— No tiene nada de extraño.
— ¡Cómol...
— Porque, generalmente, los pelos están en la cabeza.

Nabucodonosorcito.

En un examen de Medicina.
EL CATEDRÁTICO. — ¿Qué sabe usted de la meningitis?

EL ALUMNO (que no tiene nada de aplicado). — Que es una enfermedad tan grave, que se muere todo el que la padece.

EL CATEDRÁTICO. — Está usted equivocado. Yo la tuve, y ya me ve ahora.

EL ALUMNO (azoradísimo). — Tiene usted razón. Algunos no mueren; pero... quedan idiotas.

Luis Martín. — Madrid.

Sale doña Tula de su habitación, y al ver a Demetria sentada en una butaca durmiendo, la zarandeo y le dice:

DOÑA TULA. — ¡Ehl...! ¡Demetria!... ¿Pero no ve usted esas sillas que están llenas de polvo?

DEMETRIA (despertando sobresada). — ¡No, no veol! ¡Y además, es muy natural, señorita! ¿No ve usted que nadie se ha sentado todavía en ellas?...

Jacinto Iglesias. — Alicante.

— ¿Cuál es el oficio que trae a los políticos de cabeza en ambas Cámaras?
— El de-sastre.

K. Nijo. — Madrid.

Un borracho que se encuentra a dos monjas les pregunta:

— ¿Son ustedes madres o hermanas?
— Somos hermanitas.
— Pues no se parecen ustedes na.

Lisardo Mena. — Málaga.

Sobre la mujer española.
¿Cuáles son las más criminales?
Las de Andalucía, porque están detrás de rejas.
¿Y las de mejor salud?
Las de Asturias, porque de allí son las manzananas.
¿Y las más ariscas?
Las de Madrid, porque como son gatas, arañan.
¿Y las más fieras?
Las de León, porque son hijas de León.
¿Y las más despreocupadas?
Las aragonesas, porque ya lo dicen ellas: «... en siendo de Zaragoza, que me llamen lo que quieran.»

Escudero.

— ¿En qué se parecen los laceros a los niños pequeños?
— En que de vez en cuando cogen una perra.

Julio Alonso. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un padre cariñoso?
— Acercarse los brazos a los ojos, para que las niñas jueguen con las muñecas.

Santiago Escudero. — Madrid.



Dib. REDONDO. — Madrid.

SIGNO DE LOCURA

— ¿De modo que tienes la certeza de que Juanito está loco?

— ¡Figúrate, mujer!... ¡Hace unos días me pagó la cuenta de la modista!...

EL CAPITÁN (dirigiéndose a un grupo de quintos que nunca habían recibido instrucción). — ¡Firmes!...

Los soldados se forman todos regularmente, menos uno de ellos, que continúa mirando en sentido contrario a los demás.

EL CAPITÁN (se acerca a él y le dice): ¡Firme!

A lo que contesta el soldado:

— ¡Mi capitán, yo no sé escribir!

M. Albillo. — Avilés.

Entre cónyuges.
LA MUJER. — Adolfo, acaba de caerse el reloj del comedor, y si llega a caer dos minutos antes, aplasta a Luisito.

EL MARIDO. — ¡Ves! De algo tenía que servirme el atrasarlo todas las noches.

S. Santacréu. — Madrid

En un colegio de señoritas se arma una chillería monumental.

— ¿Qué escándalo es ese? — dice la profesora.

— ¡Que hay un ratón bajo esa silla!

— Por Dios, niñas, no perdáis la cabeza por tan poca cosa. Rita, avisa a la Policía.

Nabucodonosorcito. — Madrid.

— ¿En qué se parecen los albaricoques a los tranvías del veintitrés?

— En que los albaricoques los traen en banastas, y los tranvías del veintitrés van-hasta la Fuenecilla.

A. Pérez Herrero. — Madrid.

— ¿En qué se parece una beata a un automóvil?
— En que la beata va a las cuarenta horas, y el auto va a cuarenta por hora.

Lisardo Mena.

— ¿El colmo de un pescador?
— Echar el anzuelo en una huerta de pimientos, a ver si pican.

1 que P. P. K.
Carrión de Calatrava (Ciudad Real).

— ¿En qué se parece la escuadra española a los cafés en verano?

— En que la escuadra española tiene el submarino A-1, y los cafés en verano tienen hel-a-dos.

Rana. — Oviedo.

En las avanzadas.
UN SOLDADO. — ¡Centinela, alerta!
EL BATURRO. — ¡Alerta está! ¡Rídez!... ¿Cuántas veces voy a hícirlo?...

Un Vizcaino. — Madrid.

— ¿En qué se parecen los que están próximos a ser abuelos a los rieles del tren?
— En que van para-lelos.

Ki-Pa. — Madrid.

— ¿Qué diferencia hay de una peseta a un chulo, un tenor y un militar?
— En que el chulo la gana por la cara, el tenor por el canto y el militar por la cruz.

Chelo F. — Madrid.

Un buen corazón.
— Camarero, en esta sopa ha caído una mosca.
— ¡Pobrecita!... Sáquela usted pronto, antes de que se ahogue.

Un chistosillo. — Madrid.

— Dicen las estadísticas, que de cada tres nacimientos uno ocurre en China.
— ¡Mentira!... Yo tengo siete hijos y ninguno ha nacido en China.

Les Angeles. — Oviedo.

El premio del número anterior ha correspondido a N. G. S., de Villafranca (Barcelona).

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grásientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinoso. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



GARRIDO

Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Mira, Pepe; yo creo que tiene razón mi madre: Estoy perdiendo el tiempo contigo.

—¡Naturalmente! Y es porque te empeñas en que paseemos por los sitios en que hay más gente.
Ayuntamiento de Madrid